

Compañeros, amigos, padres, familiares, autoridades

Buenas Tardes,

¿Cómo empezamos un discurso? ¿Cómo hacemos para llenar los primeros minutos – para algunos los más importantes- de este acto de oratoria que, uno supone, tanta importancia reviste? ¿Deberíamos, acaso, empezar haciendo gala de nuestra erudición, fruto de los esfuerzos académicos realizados a lo largo de 6 o 7 años en esta maravillosa institución, emular a Homero e invocar a las musas en nuestro auxilio? Hagamos algo mucho más simple y acorde con nuestros tiempos y plagemos digo tomemos prestadas las palabras de unos compañeros que hace un par de años, ante la misma engorrosa situación, así se dirigían con candor a sus condiscípulos:

“Hoy estamos celebrando nuestra entrega de diplomas. ¿Saben qué quiere decir eso? ¡Que terminamos el Colegio! Pueden creerlo....hace dos años que terminamos, nos esforzamos, lo hicimos y acá estamos: recibiendo el diploma.”

Así podríamos empezar y desarrollar nuestro discurso, interpelando al niño que todos tenemos dentro (aunque, claro, cabría preguntarse qué tipo de esfuerzo tuvimos que hacer durante estos dos años para que nos dieran el diploma, además de mantenernos vivos y pagar los 80 centavos del colectivo que nos trajo), siempre que ningún presente indignado se viera obligado por la situación a matar al orador y darlo por finalizado prematuramente. Pero quizás queramos algo con mayor refinación intelectual, que corresponda más fidedignamente a la retórica de los próceres inmaculados de nuestra sarmientina institución. Algo como esto, quizás:

“Hoy son palabras. Nada más que eso, palabras. Palabras holladas por una intensidad; la intensidad del tránsito, que dejada la huella, nos convoca hoy y nos da voz para evaluar estos años intensos. Como si la distancia o el tiempo fueran capaces de darnos la medida justa de la intensidad. Y, en definitiva, nosotros acá, con la huella de esta intensidad. Una intensidad, sí, aceptémoslo, que hoy vuelve a latir como la carcoma de un corazón obstinado. Una intensidad, un corazón, digo, que seguramente hoy no lata al mismo ritmo que aquel último día de clases, aquel día en que la huella terminó de plasmarse (podríamos decir, en este sentido, que sexto año fue un modo de hermostrarla).”

No sabemos muy bien qué quisieron decir nuestros barrocos camaradas con estas líneas, pero, proviniendo de egresados del Colegio de la Patria (que, como si fuera poco, se conceden la libertad de inventar neologismos en el primer párrafo de su discurso), no podemos dudar de la profundidad de los razonamientos que se pretenden transmitir. Innegablemente, estas palabras nos pueden ser útiles para comenzar y guiar nuestra exposición.

Sin embargo, algún amigo o conocido, algo decepcionado, podría acercarse y decirnos “Pero, che, ustedes que durante todos estos años se hacían los combativos, los contestatarios, que iban a todas las reuniones del centro, a todas las marchas, y después

de cada asamblea se plantaban delante del despacho de Sanguinetti, gritando: ‘exigimos la derogación de la ilegal e ilegítima prohibición de las tomas del colegio, la reformulación del sistema disciplinario expulsivo, el cese del pago de la deuda externa y la abolición inmediata del capitalismo, viva la revolución compañeros, socialismo o barbarie, hasta la victoria siempre’. Ustedes, que siempre criticaron a esta institución y a sus autoridades, ahora que tienen la oportunidad de hacerse oír ante toda la comunidad educativa, ¿Se ponen a discurrir sobre semejantes naderías? Entonces, al final, todo esa figura psicobolche y requete-revolucionaria era una pantalla para aproximarse a las inocentes jovencitas de los años inferiores. Qué pillos, así cualquiera hace la revolución” Y quizás tenga razón, ¿Por qué quedarse callados? ¿Por qué no aprovechar los 15 minutos que la institución nos cede ingenuamente para poner al descubierto los mecanismos que, detrás del pulido discurso de los valores cívico republicanos y de la excelencia académica, esconden a un monstruo que deja 120 alumnos libres por año, purgando a los elementos “indeseables” de entre sus filas, un ente ajeno a los estudiantes, que se parece más a la burocracia del proceso kafkiano que a una secundaria, un Estado que se gobierna más como un feudo que como cualquier cosa que se parezca a una república democrática? Podríamos, entonces, apropiarnos de algunas de las palabras con las que hace un par de años comenzaron otros egresados, evocando la celeberrima dicotomía del Facundo, “Civilización o Barbarie”, preguntándonos de qué lado estamos nosotros, de qué lado estas paredes.

Podríamos empezar de cualquiera de estas tres formas y en ningún caso desentonaríamos: tanto el recurso del sentimentalismo cliché, como el onanismo intelectual e incluso (aunque algunos no lo crean) la apelación a la conciencia crítica son formas válidas, esperadas y esperables de dar inicio y proseguir este formalismo. Podríamos hacer cualquiera de estas cosas, o podríamos hacer lo que de hecho estamos haciendo, pero en el fondo, ¿A quién le importa? ¿A alguno de los presentes, con la excepción quizás de mis padres y de los coautores de este discurso, le importa realmente lo que este energúmeno pueda llegar a decirles? ¿Les cambia en algo? Dejemos la especulación, como buenos positivistas que somos, veamos los datos empíricos: el día que se me informó que daría el discurso envíe una cadena de mails a lo 50 o 60 compañeros de promoción cuyo correo tengo, ofreciendo para escribir el mismo entre todos los interesados, pidiendo además difundir la noticia. Me respondieron exactamente cuatro personas, de las cuales dos finalmente no pudieron juntarse. Tres personas en “representación” de 150. Pero, entonces, ¿Qué sentido tiene hacer un discurso? ¿Existe, acaso, algo así como un “espíritu” de la promoción, un imaginario colectivo homogéneo que una persona con cierta sensibilidad sociológica y una buena prosa podría plasmar en una hoja de papel? Mejor dicho, ¿Nos queda alguna duda de que no? Ni siquiera podemos hablar (aunque lo hayamos querido mentir durante tantas pasionales mañanas de sábado en el campo de deportes) de una identidad divisional. Porque, aunque sea cierto que algunas divisiones tienen sus rasgos particulares, sería una estupidez suponer que en verdad hay algo que une de manera indisoluble a todos sus integrantes. Vamos, ¿Cuántos de ustedes se ven con frecuencia con más de siete u ocho personas de esta promoción?. Nadie se puede subir a este estrado alegando ser representante de alguien que no sea él mismo. Y, por lo demás, el grueso de los presentes está más interesado en la foto con el “profe” que le entrega el diploma y por irse a cenar con sus amigos, que por lo que su “representante” pueda estar diciendo en su nombre.

Así que, hechas estas salvedades, podríamos también permitirnos empezar con algo que

sea, por lo menos, un poco más divertido:

“Nosotros, los habitantes del planeta Corfgral LGB, utilizamos nuestros poderes de manipulación molecular para transformar todos sus riñones en hígados y viceversa. Notarán que el cambio es favorable”

“¿Y esto?”, se preguntarán (y con razón). Bueno, un hallazgo milagroso. Uno de esos discursos que quedó no dicho, que sólo pasó por algunas casillas de correo, que fue risa privada (o privatizada, para problematizar un poco), que fue ritual más allá del ritual para el que hoy nos dispusimos. Además, es un delirio. El título que encabezaba el e-mail (“cálense este discurso”) habla por sí solo. Pero ahí está. Alguien, cuando se dijo que había que escribir un discurso para el acto de entrega de diplomas, pensó que comenzar declarándose habitante del planeta Corfgral LGB podía tener sentido. O pensó que sus compañeros se iban a reír para después rechazarlo diciendo algo así como: “está bueno, pero no da”; o a lo mejor algún osado sugirió: “¡está buenísimo! ¡usemos este!”, pero después aclaró que él no lo iba a pronunciar. Como sea, ahí quedó esta pieza, como nota de lavandería de Nietzsche (para seguir problematizando), perdida y oculta, subterránea, pero también inmaculada frente a la imposición del ritual público (o publicitado). Y no se crean tampoco que se callaban verdades importantes por tener la risa como excusa, porque más abajo, a propósito de los recuerdos que guardamos, podíamos leer:

“Me río porque recuerdo todos los buenos momentos que esta Tecno-Cárcel Unitaria nos ha brindado a lo largo de todos los años en los cuales estuvimos encerrados dentro de ella”

Cuando, al mismo tiempo, otro discurso (más combativo y más oficial), uno que pudo ver la luz, nos decía, quizás con un poco más de virulencia:

“Es así que la universidad de buenos aires y el ejército argentino son las dos caras de una misma moneda”

El primer discurso que hemos leído, aquél que tanta algarabía exudaba, al hablar sobre el cuerpo docente de este colegio y la formación, no sólo académica sino humana, que los mismos lograron darnos, nos dice lo siguiente:

“Sinceramente no tendremos un buen concepto de todos, muchas veces nos habremos enojado..... aquel que nos reprobó un examen y nos mandó a Diciembre, siempre existió uno muy duro sin hacernos la vida fácil..... pero en definitiva nos estaban preparando para la realidad. El espíritu crítico que obtuvimos después de lidiar con la formalidad de nuestros profesores es una herencia que vamos a conservar”

No nos preguntaremos qué concepto de la realidad tienen los redactores de este discurso como para que la preparación para la misma pueda dirimirse en una mesa de examen de Diciembre. Simplemente veamos la idea, un tanto particular, que sobre la misma cuestión tienen los compañeros de ese discurso impublicable (e impresentable):

“este gran aposento gris nos ha albergado en su útero de cemento como una madre colosal. Pero durante el embarazo se dio con crack y morfina y con el éter del gabinete de química, por lo que cuando salimos al exterior éramos una especie de puré horrible.”

Así que, al final, tan fuera de lugar no estaba este discurso. ¿O sí? Que nadie lo haya elegido (y no leímos el discurso que efectivamente se pronunció en esa promoción, pero dudamos que superara a éste) en su momento y que ahora nosotros sólo lo incluyamos como posibilidad pueden ser argumentos bastante fuertes en este sentido. Pero si lo más gracioso y divertido que encontramos cuando nos preguntamos “qué hacer con el discurso” es lo que tiene que quedar excluido, ¿no deberíamos pensar que algo de esto no anda demasiado bien?

Porque, al fin y al cabo, si luego de sentarnos a pensar qué escribir para la ocasión, luego de leer lo escrito años anteriores y de evaluar qué se podía hacer, llegamos a la conclusión de que no hay tanto para hacer (porque ya se hizo, pero también porque no parece demasiado atractivo), y que fuera lo que fuera lo que dijésemos a la mayoría les iba a dar más o menos lo mismo, ¿no será, tal vez, que el mismo contexto en el que este discurso se enmarca se vuelve también poco atractivo? ¿Qué sentido tiene, uno o dos años después de haber terminado nuestros estudios volverse a juntar con un conjunto de personas que quizás apenas hemos visto durante 6 años, no nos las hemos cruzado en este último período y lo más probable es que no volvamos a ver en nuestras vidas, en una ceremonia ritual, con cada uno de sus momentos rígidamente delineados por el canon de la costumbre, incluido, evidentemente, este que transcurre mientras leo estas líneas? Otra vez más, lo que otros ya han dicho antes puede ayudarnos a iluminar el problema:

“5to año es un año de contradicciones: uno quiere terminar, empezar algo distinto(...) igualmente la incertidumbre nos acecha una vez más (...) y como si fuera poco el sentimiento se mezcla con la melancolía de que todo concluye al fin.”

”Poco a poco vamos llegando al presente, como una gran familia; una que tal vez no nos dimos cuenta que la teníamos hasta que terminamos.”

Los que en diciembre veían un rito de iniciación, llegan al presente como familia. Todo concluye al fin, llegamos al presente y hay que vivirlo, porque somos una gran familia, aunque hayamos terminado, o precisamente porque terminamos y pudimos darnos cuenta de que lo somos. ¿Esto no les recuerda a algo, muchachos, muchachas? Pista del boliche By Pass, 6:30 de la mañana, un instante antes de que prendan las luces y nos echen para el hotel, todos en círculo, muchos llorando, muchos en un estado que quizás no sea conveniente ponerse a detallar en este momento (no tanto por lo que puedan pensar las autoridades, sino por lo que puedan llegar decirles vuestros queridos padres, con los que se vuelven en el auto en un ratito), cantando de manera desafinada (casi gritando) “Presente”, de Vox Dei, y luego abrazándose unos con otros. “Que no se corte, loco”. Bariloche, señores. ¿Qué pasa después de Bariloche? Lo que es obvio: con fulanito, con quien nunca nos llevamos, la cosa se cortó irreversiblemente. Bueno, este ritual al que asistimos hoy parece ser algo así como un Bariloche institucionalizado. El mensaje es claro (tan claro que incluso puede ser reproducido con facilidad por los mismos estudiantes, aunque en la práctica ellos no adhieran al principio). Ya lo reza el lema de “nuestra” asociación de exalumnos: Fuimos compañeros en el aula, desde hoy lo seremos en la vida. Así como en Bariloche teníamos las vías informales para creer que “esto acá no se corta”, el Colegio también tiene su propio mecanismo para inculcar esa idea: Todos somos parte de una familia. Y no cualquier familia, una entre cuyos miembros se cuentan siete presidentes, dos premios Nóbel, un cocinero y un ex jugador

de Lanús y Olimpo. Bariloche y la Entrega de Diplomas son (nuevamente robándole al pasado), entonces, como las dos caras de la misma moneda. Sólo que, quizás, Bariloche era un poco más divertido.

Todo lo anterior suena a renegar de lo hecho y a armar un discurso a partir de los despojos de otros. Sobre lo segundo diremos que no somos los primeros en inventar la intertextualidad. Lo primero, en cambio, cada uno lo podrá pensar por su cuenta. Los discursos que leímos sonaban, justamente, a virulencia y a reproche o a adhesión incondicional. ¿Pero adhesión a qué? Como no pudimos responder del todo esa pregunta, nos pareció poco serio adherir nosotros también. En todo caso, pretendimos que eso no apareciera en estas líneas. O sí, pero que apareciera a modo de intruso, de interrupción, de fragmentos. Como ese otro discurso que seguramente diga verdades sobre el carácter superestructural del colegio (y los colegios), pero que no termina de sonar a rechazo, y no sólo del colegio, también de las experiencias pasadas. Y rechazar experiencias pasadas no parece tampoco ser demasiado pertinente aquí. Venir a negar todo lo vivido también sería mentir. Cada uno tendrá su propio balance sobre este Colegio, sus autoridades, el sistema que lo sustenta, los profesores buenos y los profesores malos, la gente insufrible y los grandes amigos. Tenemos una posición política, como cada uno tendrá la suya, más cercana o lejana a la nuestra. No podemos pretender erigirnos en diez minutos profetas de sentimientos tan heterogéneos. Así que no parecía adecuada otra forma del discurso que no fuera, a su vez, una forma del robo. Una interrupción, una intromisión molesta. Como tal vez haya sido este mismo discurso, que ahora terminamos. Muchas gracias.